

# *Todo es tranquilo.*

Todo es tranquilo.

El sol de la mañana resplandece sobre la portería que acaban de restaurar. Desde aquí parece que el trigo ya empieza a madurar en el collado de San José. Los monjes que están de retiro para prepararse al diaconado labran la tierra en el jardín de la Hospedería. Todo es tranquilo. Pienso en el monasterio en que me encuentro. Pienso en los monjes, mis hermanos, mis padres.

Algunos tienen mil cosas que hacer. Algunos tienen que ocuparse de los alimentos, unos de la indumentaria, otros de las tuberías, otros del techo. Unos remodelan las paredes, otros barren los cuartos, otros baldean el piso. Uno se acerca a las colmenas con una máscara y saca la miel. Tres o cuatro paran todo el día metidos en una habitación a escribir a máquina las respuestas a las cartas de gente que escribe pidiendo oraciones porque se siente infeliz. Otros más están reparando tractores y volquetes, otros los manejan. Los hermanos luchan con los mulos reacios que no quieren dejarse poner las riendas. O corretean a las vacas en los pastizales. O se ocupan de los conejos. Uno dice de saber arreglar relojes. Otra dibuja el proyecto para el nuevo monasterio de Utah.

Los que no tienen especiales responsabilidades en el criadero de los pollos o de los chanchos, los que no deben escribir cuadernillos o empaquetarlos, o enviarlos, o tener el complicado registro de las Misas, aquellos que no tienen nada especial que hacer, siempre pueden ir a arrancar malas hierbas en los campos de papas o labrar las hileras del maíz.

Cuando de la torre tocará la campana, yo terminaré de escribir a máquina, cerraré las ventanas de esta habitación en que trabajo.

El hermano Silvestro hará descansar el monstruo mecánico de la segadora y sus ayudantes regresarán a la casa con palas y picos.

Y yo agarraré un libro y, si queda tiempo antes de la misa conventual, iré a pasear un rato bajo los árboles. Y casi todos los demás irán al "scriptorium", a escribir sus conferencias de teología y a copiar notas en el dorso de viejos sobres.

Y alguien se quedará al costado de la puerta que del Pequeño Claustro lleva al jardín de los monjes y dejará correr el rosario en las manos, en espera de que acontezca algo. Luego iremos todo en el coro, y hará calor, y el órgano resonará potente, y el organista, que todavía está aprendiendo, se equivocará mucho.

Pero sobre el altar se ofrecerá a Dios el eterno Sacrificio de Cristo, al Cual nosotros pertenecemos y que nos ha reunido aquí todos juntos.

*Congregavit nos in unum Christi amor.*

*Thomas Merton, La montaña de los siete círculos*